

Morirse de memoria

Morirse de memoria
EMILIANO MONGE



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida
o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Parte de este libro se escribió bajo el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Copyright © Emiliano Monge, 2009

Primera edición en SEXTO PISO ESPAÑA: 2010

Fotografía de portada
DONNA FERRATO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2009
San Miguel # 36
Colonia Barrio San Lucas
Coyoacán, 04030
México D.F., México

Sexto Piso España, S. L.
c/ Monte Esquinza 13, 4.º Dcha.
28010, Madrid, España

www.sexto piso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

ISBN 13: 978-84-96867-58-1
Depósito legal:

Impreso y hecho en España

*Este libro está dedicado, en estricto orden alfabético, a Paula
Canal
Huarte*

PRIMERA PARTE

*«La memoria es
más vívida que la visión».*

WILLIAM CARLOS WILLIAMS, Sombras.

Nunca me lo había preguntado. Y tan temprano, tiene gracia preguntármelo tan temprano. El fuego es un relámpago que luego no se apaga. Si pudiera haberme visto desde afuera habría observado las llamas en mis ojos. Qué soñé que he despertado preguntándome quién soy. No, no tiene gracia, ninguna gracia: tan temprano, tan de mañana. Habría visto la furia de sus lenguas reflejándose en mi rostro, la sombra falsa de mi cuerpo moviéndose en el suelo a mis espaldas. Pero no pude verme desde afuera, porque no podía ser yo el primer hombre que lo hiciera. No soy el de ayer, no tiene importancia quién soy. En qué momento empecé a ser el que quería, desde cuándo. El sonido del fuego permanece cuando éste se ha agotado, vive adentro de las brasas. Las ideas caían en mi cabeza como caen las gotas sobre el agua, dejando ondas expansivas. Ayer fumé, hacía nueve meses que no había fumado. Por qué lo recuerdo de golpe, por qué despierto recordando lo menos importante. Mi vida ha sido esas ondas, soy la consecuencia de algo que cae sobre otra cosa. Caminando hacia atrás me alejé del calor que el incendio despedía, de sus llamas escalando hacia el ropaje negro de la noche. Me arde la garganta, en los labios siento el gusto amargo que deja una colilla. Mejor no recordar, imaginar por qué me sabe así la boca.

Me ha despertado un extraño sabor en los labios, no, tampoco ha sido el recuerdo. Me dije voy a olvidarlo, nada quedará cuando todo haya ardido. Sobre el suelo mi sombra fue volviéndose más tenue, cada paso que avanzaba se espesaba la penumbra. Qué si el fuego no despide ese calor que le imputamos, qué si sólo lo concentra, si lo toma de las cosas que atestiguan su expandirse. Me ha despertado la pregunta, qué soy, quién

he sido. Dormir dejó hace tiempo de ser una tregua. Al llegar a la esquina giré buscando mirar las llamas nuevamente, me llamaba el canto de su cólera escarlata. Sentí entonces el impulso de correr hacia el incendio, de alimentarlo zambulléndome de boca. Quién seré hoy que todo ha sucedido, que las cosas no son las que quería, que lo deseado tanto tiempo se resuelve de manera inesperada. Viven sus vidas como si fueran reales, como si no fueran a acabarse de inmediato, dictó el abuelo el día en que se fue de su casa. Sabía que mis piernas no habrían de acelerarse, que no desbocarían mi cuerpo los latidos. Hace tiempo que dejaron los impulsos de marcarme con sus huellas, no creo en los grandes actos, conozco sólo el gusto de los días comunes y vacíos. Cómo controlas la cabeza cuando duermes, cómo callas las preguntas que despiertan antes de que tú hayas despertado. Sacando el brazo de debajo de mi almohada la empujo sin desearlo, la veo queriendo guardar el equilibrio, caerse luego hacia la duela. Mis labios se separan bostezando, cómo amordazas a la boca del silencio. Alcé el rostro hacia la noche, el humo era una sombra tallada en la piel pétrea de la bóveda nocturna. Soy una humareda, el rastro de algo que arde sin saber que se ha prendido. Al sentirlo mis pies suben asustados, el suelo de mi cuarto siempre está frío a estas horas. Lleno de aire mi cuerpo con una larga bocanada, el olor atrapado en mis pulmones se despierta. Reventó un estallido a mis espaldas, no quise voltear de nuevo hacia las llamas. De haberlo hecho seguiría esperando ver una explosión que nada más había sonado. En qué lugar he dejado mis pantuflas, ayer salí dormido de mi cuarto, repicaba el teléfono en la sala.

Aunque están llenas de hoyos me sirven, las atacó tu perro hace años, la última vez que me pediste: por favor cuidalo unos días. Mientras avanzaba mis pies se sumergían en el afluyente de la noche. Hay por aquí una calle que conozco, pensé viendo hacia delante, donde los faroles que no se habían fundido alumbraban el espacio. Cagó esa vez el Negro en la cocina, desenterró todas mis plantas, destrozó el sillón de Claudia a mordidas. Mis labios se despegan bostezando nuevamente, deben estar en el

baño, ahí debo haberlas olvidado. Agigantado en mis adentros arrollaba cada metro del asfalto, creía que finalmente manejaba yo mis hilos, que el elixir del presente dilatava por primera vez mi lengua. Al llegar a la calle iluminada volteé queriendo despedirme del incendio; aunque una parte de mí se consumía también en ese fuego, lo sentí de pronto ajeno. Ese Negro tuyo era un perro curioso, una promesa incumplida, iba a ser manso, fuerte y obediente. No tuve tiempo ayer de meterme en el baño, salí brincando de la cama, sentí en los pies el frío de la duela, quería saber quién me llamaba tan temprano. Quizá sea porque ahora que lo observo desde lejos es un punto luminoso, me dije reanudando la marcha de mis piernas. Nunca había sentido tanta fuerza contenida en mis costillas, finalmente las horas más triviales dejaban su lugar al instante extraordinario. Descolgué en la sala la bocina, sonó el réquiem de palabras tropezadas, azotó el teléfono en el suelo. Entré después en el cuarto vacío, al rascarme la panza lo recuerdo, donde esperé a que el taxi apareciera, en ningún momento me puse las pantuflas, deben estar bajo mi cama. Un nuevo bostezo olvida a mis ojos sobre el techo, donde cuelgan varias telarañas desinfladas. Quizá fuera porque estaba convencido, porque sentía que la luz finalmente alumbraría los días consumidos. Embarazado de mis nuevas posibilidades quería seguir andando, no volver a detenerme, ser la fuerza que de golpe me colmaba. Sin pensarlo retiré los ojos del techo, más difícil me resulta arrancarlos del pasado, donde observo a nuestra madre quitándose las medias, convirtiéndolas con una sacudida en telarañas desinfladas. Giro entre las sábanas, devastando de mi piel este recuerdo, voy a encontrarlas, les digo a mis pantuflas, impidiendo así que se trastoquen otra vez mis prioridades. Cada vez que siento cerca los latidos del ahora surgen los recuerdos como salen las personas de la niebla.

Acostado boca arriba estiro el cuerpo, en las yemas palpo la piel envejecida del muro a mis espaldas. Cada paso que avanzaba me alejaba del pasado, entre mi historia y mi momento una grieta se ensanchaba. Sin darme cuenta empecé a brincar

entre un paso y el siguiente, habría sido capaz de flotar si me hubiera atrevido. Observo el tirol de las paredes, no ha empezado a desprenderse, la destrucción que arrasa mi patio aún no se mete por las puertas. En lugar de sentarme giro hasta quedar bocabajo, jalando con los codos me arrastro hacia la orilla de la cama. Todavía anduve embriagado la cuadra siguiente, convencido de la autenticidad de mi delirio: no buscaba vivir un instante deslumbrante, nunca aspiraría a algo tan vano, quería que el acto cumbre de mi instinto sembrara en mi memoria otro pasado. Sobre el vértice del colchón recargo el ombligo, bajo mi cama hay una sombra cuajada, es una espesa capa de polvo. Los pelos lacios que aún se aferran a mi cráneo se recuestan en la duela, si pudiera verlos pensaría en una familia de lombri-ces que se secan. Justo en el instante en que iba a verte vuelto yo en tu recuerdo parpadearon los faroles de la calle. Fue el primer anuncio de que todo acabaría, no pasa nada, me dije sin embargo y crucé el asfalto evitando pisar las líneas de la cebra. Al llegar a la acera de enfrente habían dejado ya las luces sus temblores, no debemos preocuparnos, te dije con voz apenas perceptible, me encontraba embelesado, incapaz de interpretar las advertencias. Alargo la espalda, truenan en mis vértebras sus ecos ahuecados. Aunque estiro los brazos y las manos no alcanzo mis pantuflas. Sobre el suelo vi la sombra de una rama, hallé a su dueña levantando la mirada, exprimía con su abrazo la savia fluorescente de los cables, la luz nunca había sido tan hermosa.

Como si nada pudiera sucederme seguí andando varios metros, habitaba en mi alma el pundonor de las estatuas, en los músculos sentía una fuerza que yo nunca había tenido. Levantó el vuelo un cuervo albino ante mis ojos sorprendidos, pasó cerca de mi cuerpo su aleteo. Recargo la cabeza sobre el suelo, en el cuello siento el peso de mi cuerpo, no es que esté pesado, es que mi cuello es una vara. Mis pies se despegan del colchón con el último esfuerzo, si no tengo cuidado caeré descompuesto, podría hacerme daño. Escuché entonces a lo lejos el ulular de unas sirenas, el cascabel de la advertencia

me mostraba ahora su sonido. Pero mi instinto, sin haber tenido ni siquiera una razón, sin haberlo hecho nunca antes, se aferraba de pronto a la esperanza. La punta del más largo de mis dedos alcanza una pantufla, con ésta jalo a su gemela. Mis piernas dejan el aire, en los empeines reconozco la hondonada que mi cuerpo ha dibujado con los años. El ave blanca volvió a pasar enfrente de mis ojos, recorrió el empaque de mi cuerpo un ligero escalofrío, aun así negué que aquello fuera su llamada. No soy el que era, me dije acelerando la marcha de mis pasos. El instinto que recién había heredado debía ver los designios condensados, sólo así sería capaz de comprenderlos, no estuviste nunca acostumbrado a la derrota. Si intento levantarme con un sólo movimiento me dolerá la espalda todo el día. Deberé entonces guardar cama, hoy no puedo quedarme encerrado, necesito salir a la calle, cruzar la ciudad, ir de nuevo al ministerio. Viendo la acera de enfrente crucé sobre el asfalto. La excitación movía mi cuerpo como si se tratara de un motor a gasolina, me impedía la ensoñación ver al augurio que en mi otro espíritu brotaba. Me sentía feliz de haber cumplido lo planeado, mis sentidos se expandían, finalmente Él había sido derrotado, aquí estarás tranquilo, solté golpeándome el pecho con las palmas de mis manos. Aprieto los dientes, sumo la panza, giro hacia la izquierda tensando el cuello, los hombros y la espalda. En mis pantuflas veo las huellas que dejaron los colmillos de tu perro. Ahora sé que no debí haberlo evocado, que no debí abrirle las puertas que el incendio había tapiado, no debe el héroe cantar su victoria, no debe venderse la piel del jabalí antes de que éste haya sido desollado. Porque sucedió entonces un evento inesperado y a la vez inevitable, un incidente que desgajó mi voluntad permitiendo que el augurio se exhibiera en toda su grandeza.

La tercera advertencia condensó lo inabarcable, dejándome desnudo en el centro de su rabia: bajó una ráfaga de viento el humo hacia la tierra, envolviendo mi cuerpo en un oscuro remolino, llevándose en los brazos de su furia el alma nueva que al augurio había escondido. Con las dos manos me aferro

a las costuras de mi cama, tirando de ellas jalo hasta sentir contra mi pecho su textura acolchonada. Como si fuera posible caerse hacia arriba me encuentro de golpe sentado. Cuando el humo subió al cielo nuevamente descubrí que un perro me miraba, lo había visto alimentarse en la basura de tu calle hacía una hora. Sus redondos ojos negros parecían ver en mi cuerpo lo que estaba sucediendo, otra vez el apóstata llenaba mis sentidos, en el aire se alejaba tu memoria. Sobresaltado mi instinto abrió los ojos nuevamente en mis pupilas. Desenvuelvo de las sábanas mis piernas, tiro las pantuflas hacia el suelo, caen en el lugar donde siempre me las pongo. Un instante antes de pararme alzo la sábana cogiendo sus orillas, a la altura de mis ojos la sostengo, la dejo luego caer abriendo ambas manos. Golpea mi rostro la ola de aire que vomita su caída, las telarañas se mecen en el techo, la cortina amaga un movimiento. No podía seguir disfrazando el calambre que temblaba ahora en mis entrañas, era el mismo que otras veces me cimbrara. Además de perder lo que creía conseguido, un presentimiento claro como la imagen de una foto me mostró lo que vendría. Lo descubriste una noche caliente: alzar las sábanas dejándolas caer sobre nosotros. Se convirtió luego en nuestro juego predilecto, encarcelar nuestros pedos para poder liberarlos. Me miré cogido de los brazos, miré mis piernas barriendo la banqueta, sentí en la piel varios dedos aferrándose a mi cuerpo. No sé cómo llegan pero sé que Él los envía, de ti tomó el cuerpo, de mí usurpó la consciencia. La luz que afuera se despierta viola la cortina desgastada, convirtiendo la mañana en sus retazos. Los rayos entran vueltos hierros inflamados, son las armas que un herrero confecciona a un regimiento.

Sentado en el borde de la cama estiro el cuello hacia ambos lados, entornando la boca hago que truene mi quijada, siempre me ha gustado este crac apagado. En la nariz reconocí la peste agria de sus cuerpos, me supo en la lengua el viejo esparadrapo que impusieron a mi boca, aún así lo peor era sentir en todo el cuerpo no tu peso sino el peso de tu ausencia, el primero lo deseaba, el segundo ni siquiera había podido ser imaginado.

Sé también que es lo único que de ella me ha quedado, nuestra madre me inició sin que pudiera darme cuenta. El aire sale de mi cuerpo en un bufido, con una nueva bocanada como mis pulmones, huele a ceniza mojada, es el olor de ayer en la mañana, la peste que envolvió mi cuerpo cuando volví hasta tu casa. Meto los pies en las pantuflas, sobre el suelo hay una llave desdentada, una moneda, la envoltura de un caramelo, el botón que no encontraba. Sacudí la cabeza y el cuerpo, no quiero ver adentro nuevamente, no quiero que el pasado sea otra vez espera, vete de aquí, sal de mis adentros, grité enloquecido al augurio. Asustado por el ruido de mis labios se marchó el perro trotando en el asfalto, el sonido de sus garras aró el eco pedregoso que mi voz sembró en la noche. Al cerrar la boca mis labios bostezan sin abrirse, es un gesto contenido, el olor de ayer se aferra a mis pulmones, soy el mismo de siempre, el de ayer y el de cada uno de los días anteriores. Me levanto de la cama, mi cuerpo se despega de la tela, siempre me ha gustado meterme en la cama desnudo. Nada de esto ha sido en vano, me dije diciéndote a ti que lo hecho había funcionado, que lo visto no resultaría al final ser cierto. En momentos como ése dudo incluso ser las ondas, quizá soy el espacio que las media, el silencio inútil que entre dos sonidos se condensa. Negándome a aceptar lo que estaba sucediendo, la imagen de lo que iba a sucedernos, intenté poner a andar mis piernas nuevamente. Un dulce a medio masticar reluce sobre el suelo vuelto un huevo sudoroso de serpiente, mis yemas no pueden arrancarlo. Enderezo la espalda y extiendo las rodillas, encogiendo los hombros me digo: ya lo quitaré cuando limpie la casa. Permanecieron mis suelas en su sitio, de pronto eran mis huesos mecanismos de una máquina atascada. Para volver a dominar mi cuerpo debía engañar a la fuerza que vedaba en mí al movimiento.

Si no puedo impedir que lo hecho tenga consecuencias, cambiaré los motivos del incendio, cambiaré los resultados. Cerrando los ojos intenté de nuevo que mis pies se despegaran de la tierra, podría ser un autómatas enraizado a la banqueta.

Estiro los brazos y las piernas, me gustaría alcanzar el techo, haber sido cuando menos de tu altura. En la otra esquina de mi cuarto está mi ropa amontonada en una silla. La imagen del autómatas cavó en mi pecho un hueco, soy la obra de alguien más que se divierte, obedezco los designios que no han sido dibujados por mi mano. Han sido otros mis motivos, grité tan fuerte como pude hacia la bóveda apagada. Mis pies tropiezan mientras trato de acercarme a mi camisa, el alambre que hace tiempo fuera un gancho se ha enredado en mis tobillos. Lo pateo casi sin fuerza, reverbera su sonido en mi cabeza, vendré luego a vestirme, pienso dándome la vuelta. Tenía que limpiarte, te dije dejando que escuchara Él lo que decían mis labios y mi lengua. Cerré y abrí los ojos nuevamente, reiterándole a la noche mis palabras. Sonó entonces el chasquido de una cuerda que rompiéndose cedía, mi pie derecho estaba a punto de alzarse del cemento. Antes de salir levanto la cortina, sobre el suelo crecen los retazos, las sombras se evaporan vueltas agua. Bajo el prodigio de los rayos aparecen cosas que no había visto hace rato. Tras el derecho intenté alzar el pie izquierdo, latió mi corazón acelerado, lo exprimí entonces una mano, la misma mano que anudaba el hilo reventado a mi zapato. Sin que pudiera impedirlo volvió mi pie a la banqueta, sentí en el pecho el sabor de las naranjas fermentadas. Hay un clip desdoblado, la cabeza de un hisopo, el asa rota de una taza, una espiral mata mosquitos, un tornillo oxidado, varios dulces de colores. Ayer cogí en el tanatorio dos puñados, mis favoritos son y eran los de fresa, quizá sean los de todos, siempre hay más de otros colores. Debía ser convincente, no podía dejar ninguna duda, tenía que sembrar el motivo que estrenaba mi pasado. Lo que en el taxi fue una certeza es ahora un vapor que no logra condensarse, solté en voz tan alta como pude, esperando que Él oyera el eco hueco de mi empeño. Se arrastraron mis ojos sobre el suelo, donde el asfalto con sus vidrios enterrados imitaba a la noche y sus estrellas.

Una lluvia negra alzó mis ojos hacia arriba, el cuervo albino devoraba sobre el cable los restos de un cuervo más pequeño.